

La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial

MARÍA INÉS TATO*

RESUMEN

La Primera Guerra Mundial suscitó un intenso interés y un vasto activismo en la sociedad argentina, proverbial receptora de inmigración. La opinión pública se polarizó entre los partidarios de los aliados –proclives a la ruptura de relaciones diplomáticas con los Imperios Centrales– y los partidarios del mantenimiento de una estricta neutralidad, posición adoptada por el gobierno argentino. Al calor del conflicto se fueron delineando dos identidades políticas diferenciadas que ofrecieron interpretaciones diferentes del nacionalismo, en pleno auge durante el período de entreguerras. Este trabajo se propone analizar las ideas de nación subyacentes a las posiciones de los rupturistas y de los neutralistas, y su respectiva interpretación del tipo de relación que debía mantener la Argentina con Europa y con los Estados Unidos.

PALABRAS CLAVE

Nacionalismo – Primera Guerra Mundial – Antiimperialismo – Panamericanismo – Opinión pública

ABSTRACT:

The first World War caused an intense interest and a vast activism of Argentinean society, proverbial recipient of immigration. Public opinion polarized between the Allies supporters –inclined to the breaking-off of diplomatic relationships with the Central Empires– and the advocates of the maintenance of strict neutrality, position adopted by the Argentine government. During the conflict development, two different political identities taking

* CONICET / Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”; Universidad de Buenos Aires.

were shape, which offered different interpretations of nationalism, at its peak during the interwar period. This paper intends to analyze the ideas of nation underlying the positions of the breaking-off and the neutrality supporters, and their respective interpretation of the kind of relationship that Argentine should maintain with Europe and the United States.

KEY WORDS

Nationalism – First World War – Anti-imperialism – Pan Americanism – Public opinion

INTRODUCCIÓN

A nivel mundial, la Gran Guerra significó la apoteosis del nacionalismo, que obró como el principal motor del activismo de la ciudadanía en los países beligerantes. En el caso argentino, indujo una altísima movilización, manifestada en un notable asociacionismo, debates públicos y una alta polarización ideológica, que sin embargo casi no han sido atendidos por la historiografía. En efecto, el impacto de la Primera Guerra Mundial sobre la Argentina ha sido objeto de análisis que tendieron a privilegiar los efectos del conflicto sobre la economía y los avatares de las relaciones diplomáticas con las naciones beligerantes¹. Por otra parte, las investigaciones acerca del nacionalismo han tendido a focalizarse en sus primeras manifestaciones durante el proceso de construcción del Estado argentino a fines del siglo XIX, en el centenario de la Revolución de Mayo o a fines de la década de 1920². Recientemente la coyuntura abierta en 1916 con los primeros pasos

¹ JANE VAN DER KARR, *La Primera Guerra Mundial y la política económica argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1974; BILL ALBERT, *America and the First World War. The impact of the war on Brazil, Argentina, Peru and Chile*, Cambridge - New York - Melbourne, Cambridge University Press, 1988; RAIMUNDO SIEPE, *Yrigoyen, la Primera Guerra Mundial y las relaciones económicas*, Buenos Aires, CEAL, 1992; RICARDO WEINMANN, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos, 1994; JUAN ARCHIBALDO LANÚS, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires, Emecé, 2001.

² MARYSA NAVARRO GERASSI, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969; ENRIQUE ZULETA ÁLVAREZ, *El nacionalismo argentino*, t. I, Buenos Aires, La Bastilla, 1975; CRISTIÁN BUCHRUCKER, *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; David Rock, *La*

de democratización de la política ha sido señalada como crucial en el devenir del nacionalismo³.

Este trabajo se propone contribuir al estudio de las repercusiones políticas e ideológicas de la contienda sobre la sociedad argentina y de la evolución del nacionalismo a través del análisis de las identidades políticas construidas al calor de la guerra, que involucraron definiciones distintas de la nacionalidad y que postularon vinculaciones diferenciadas con Europa y con los Estados Unidos.

UNA SOCIEDAD MOVILIZADA

El desencadenamiento y el desarrollo de la Gran Guerra concitó un notable interés en la sociedad argentina en función de su histórica vinculación con el Viejo Continente, al que lo unían lazos económicos, culturales y demográficos: entre otros factores, las relaciones comerciales y la recepción de importantes flujos migratorios, especialmente desde la segunda mitad del siglo XIX. Precisamente las diferentes colectividades de inmigrantes procedentes de los países beligerantes fueron las primeras en movilizarse, a instancias de sus gobiernos y/o de manera espontánea, desarrollando activas tareas para recaudar fondos con el fin de auxiliar a los reservistas y a sus familias y de suscribir los empréstitos patrióticos lanzados por sus gobiernos. Pero también, como puede rastrearse cotidianamente en la prensa periódica, fueron frecuentes los mítines pacifistas organizados por la Iglesia, las actividades de caridad emprendidas por la Cruz Roja Argentina y por particulares, y el enrolamiento de numerosos voluntarios argentinos en los ejércitos aliados, especialmente en el francés.

Tanto Victorino de la Plaza, presidente de la nación al momento del desencadenamiento de la guerra, como su sucesor, el radical Hipólito Yrigoyen, adoptaron y mantuvieron una política neutralista frente al conflicto, que continuaba con la tradición diplomática argentina. Aunque tempranamente

Argentina autoritaria, Buenos Aires, Ariel, 1993; ELENA PIÑEIRO, *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*, Buenos Aires, A-Z Editora, 1997; DAVID ROCK et al., *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001; LILIA ANA BERTONI, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

³ FERNANDO J. DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002.

los intelectuales y algunos medios de prensa como el vespertino *Crítica* se posicionaron con contundencia frente a la guerra en función de sus simpatías por uno u otro bando⁴, en la opinión pública no se generaron identidades políticas definitivas ni ásperos debates hasta abril de 1917.

En febrero de ese año, los Estados Unidos decidieron romper relaciones diplomáticas con Alemania en respuesta a los efectos de la guerra submarina sin restricciones declarada por ese país, que perjudicaba al comercio norteamericano, preludio de la declaración de guerra a ese Estado. Las presiones diplomáticas sobre el gobierno argentino para que adoptara el mismo temperamento se hicieron sentir cada vez con más fuerza, pero sin alcanzar su objetivo de modificar el rumbo diplomático del radicalismo. Finalmente la política exterior del gobierno se ubicó en el centro de la discusión pública a partir de abril de 1917, a raíz de un episodio bélico de gravedad: el hundimiento de varias naves de bandera argentina por submarinos alemanes⁵. Por entonces comenzaron a levantarse voces cuestionadoras del mantenimiento de la neutralidad, que demandaron del gobierno una actitud más enérgica⁶. El gobierno inició las reclamaciones correspondientes frente al Imperio alemán, pero la situación se complicó en septiembre cuando Estados Unidos – embarcado en su campaña de presiones sobre el gobierno argentino – difundió el texto de varios telegramas dirigidos al káiser por el conde de Luxburg, ministro alemán en la Argentina, en los que se refería en términos agraviantes a las personas del presidente Hipólito Yrigoyen y de Honorio Pueyrredón, ministro de Relaciones Exteriores, y en los que recomendaba a las autoridades alemanas proceder en el futuro a hundir los buques de bandera argentina “sin dejar rastros”. Otro punto aun más controvertido fue la alusión del ministro alemán a la promesa verbal de Yrigoyen de que las

⁴ TULIO HALPERÍN DONGHI, “Ecos de la guerra”, Estudio Preliminar de *Vida y muerte de la República verdadera (1910–1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000; SYLVIA SAÍTTA, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década del '20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 41.

⁵ El 4 de abril era hundido el buque *Monte Protegido*; el 6 de junio, el *Oriana*, y el 22 de junio el *Toro*.

⁶ Tal fue el caso del multitudinario mitin realizado en el popular Frontón de Buenos Aires el 22 de abril de 1917, del que tomaron parte notables figuras públicas que meses después se vincularían al Comité Nacional de la Juventud. Entre las personalidades convocantes se contaron Francisco A. Barroetaveña, Alfredo L. Palacios, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y Carlos de Soussens (AA.VV. *La Argentina ante la guerra*, Buenos Aires, Otero & Co., 1917, pp. 6–7). Según algunos cálculos, en esa oportunidad habrían asistido alrededor de 20 mil personas, buena parte de las cuales siguieron las alternativas del acto desde el exterior del colmado local (“La situación internacional. La gran manifestación de ayer”, *La Mañana*, 23 de abril de 1917).

naves argentinas no se aventurarían en adelante dentro del área de exclusión establecida por el Imperio alemán, con lo cual, si bien el gobierno no había puesto su firma a ningún documento, se había comprometido de palabra a ajustarse a sus condiciones⁷.

La opinión pública se dividió entonces en bandos encontrados, que denotaron una identidad diferenciada: “neutralistas” y “rupturistas”, o “*germanófilos*” y “*aliadófilos*” –términos usados más corrientemente en sus polémicas cotidianas–. Las líneas que oponían a neutralistas y rupturistas no coincidían plenamente con la mera división entre oficialismo y oposición. El campo “aliadófilo” congregaba, sin duda, a opositores del gobierno radical: conservadores, el grupo parlamentario socialista⁸, demócrata–progresistas. Sin embargo, también muchos radicales se alistaron en sus filas. En el gabinete, Honorio Pueyrredón y Federico Álvarez de Toledo eran abiertamente favorables a la ruptura de relaciones con Alemania, en tanto que los ministros restantes también eran pro aliados, aunque no cuestionaban la política oficial por lealtad a Yrigoyen. El ministro argentino en París, Marcelo T. de Alvear, también era partidario de los Aliados, y de hecho fue uno de los principales auspiciantes de la creación del Hospital Argentino de París, destinado a los soldados heridos de ese bando. En las dos cámaras del Congreso hubo radicales que votaron una declaración favorable a la ruptura: el disidente santafesino Ricardo Caballero, Tomás Le Bretón y Leopoldo Melo, entre otros. Más significativo resultó el rechazo de esa declaración efectuado por el diputado Rogelio Araya, presidente del Comité Nacional de la UCR, quien juzgó que, dada la gravedad de la situación, la ruptura de relaciones era insuficiente, y estimó que correspondía una declaración de guerra⁹. Por otra parte, la presencia de conservadores como Indalecio Gómez y Carlos Rodríguez Larreta y la posición de numerosos dirigentes socialistas como Augusto Bunge dentro del campo neutralista evidencia la imposibilidad de establecer correspondencias simplistas entre aliadófilos y opositores, por

⁷ WEINMANN, *op. cit.*, pp. 129–130.

⁸ En tanto la representación parlamentaria del Partido Socialista, dirigida por Juan B. Justo, estaba a favor de la ruptura, numerosos centros socialistas y un congreso extraordinario del partido se pronunciaron en contra en abril de 1917. Esas divergencias darían lugar en 1918 a una escisión partidaria con el surgimiento del Partido Socialista Internacional (luego Partido Comunista), liderado por Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla (RICHARD J. WALTER, *The Socialist Party of Argentina, 1890–1930*, Austin, Institute of Latin American Studies – The University of Texas at Austin, 1977, pp. 143–145; SIEPE, *op. cit.*, pp. 69–71).

⁹ ALEJANDRO SUX, *Los voluntarios de la libertad. Contribución de los latino–americanos a la causa de los Aliados*, París, Ediciones Literarias, 1918, p. 45; WEINMANN, *op. cit.*, pp. 116 y 132; LANÚS, *op. cit.*, pp. 103–104.

un lado, y neutralistas y oficialistas, por otro.

Si hasta abril de 1917 los distintos grupos movilizados se orientaron básicamente a proporcionar auxilio material a los soldados de los países beligerantes y a otras víctimas de la contienda, como las víctimas civiles de la invasión alemana de Bélgica¹⁰, la crisis abierta con el hundimiento de las naves de bandera argentina y con la difusión de los telegramas confidenciales alemanes motivó movilizaciones de otra naturaleza, que implicaron convicciones distintas acerca de la nacionalidad y de los deberes cívicos inherentes y que apuntaron a incidir sobre la política exterior del gobierno argentino¹¹.

Inicialmente la ambigüedad de la respuesta oficial a la comunicación oficial de Estados Unidos de su decisión de ingresar a la guerra alentó la convicción de que, tarde o temprano, la Argentina emularía su ejemplo¹². De ahí que en los días subsiguientes a lo largo del país se sucedieran actos públicos que simultáneamente respaldaban a los Estados Unidos, a las naciones aliadas y al gobierno de Yrigoyen¹³. No obstante, pronto se hizo evidente la continuidad de la postura diplomática oficial y su consiguiente deslinde de la causa de los partidarios de los Aliados. Las posiciones frente a la guerra se extremaron y fue muy frecuente la irrupción de la violencia en las disputas entre ambos grupos, en cuyos actos públicos era común la presencia de infiltrados que provocaban incidentes o que convocaban a contra-manifestaciones. Mientras que en ocasiones se trató de una mera violencia verbal, fueron moneda corriente los incidentes callejeros que involucraron

¹⁰ La invasión dio lugar a numerosos crímenes de guerra que sensibilizaron a la opinión pública internacional e incrementaron su adhesión a la causa aliada (SEBASTIAN HAFFNER, *Los siete pecados capitales del Imperio Alemán en la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Destino, 2006). En el caso argentino, se formó el Comité Argentino Pro Huérfanos Belgas, que desarrolló numerosas actividades a beneficio de las víctimas civiles belgas (“*La guerra*”, *La Prensa*, 29 de Marzo de 1917).

¹¹ Acerca de las transformaciones del activismo social durante el desarrollo de la contienda, véase MARÍA INÉS TATO, “La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial”, SILVIA C. MALLO – BEATRIZ I. MOREYRA (coordinadoras), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba – La Plata, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”, Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC), Universidad Nacional de La Plata, 2008.

¹² El gobierno argentino sostuvo que reconocía “la justicia de esa resolución, en cuanto ella se funda en la violación de los principios de neutralidad [...] que se consideraban conquistas definitivas de la civilización” (WEINMANN, *op. cit.*, p. 110).

¹³ “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 16 de abril de 1917; “*La guerra*”, *La Prensa*, 20 de abril de 1917.

violencia física, incluyendo ataques a símbolos de la presencia alemana en la Argentina, como el Club Alemán, la Legación alemana, varios restaurantes de ese origen, la Compañía Transatlántica de Electricidad, la agencia del periódico *Deutsche La Plata Zeitung*, el Monumento a la Riqueza Agropecuaria Argentina (donado por la colectividad alemana en ocasión del Centenario) y las oficinas del diario *La Unión*, considerado germanófilo¹⁴. Más allá de la capital, se registraron incidentes en diversas localidades del interior del país. En Mendoza, por ejemplo, hubo conatos de incidentes cuando manifestantes rupturistas pasaron frente a comercios alemanes, al Club Alemán y al Banco Alemán, en tanto que en Bahía Blanca fueron atacados buques de bandera alemana y austriaca, y que en diversos actos de localidades tales como Santa Fe, Rosario y Mendoza se sucedieron enfrentamientos callejeros abiertos entre rupturistas y neutralistas¹⁵.

Sin embargo, el legado más importante de ese clima político fue un marcado activismo social, reflejado en la aparición por doquier, en diversos puntos del país, de agrupaciones favorables a los Aliados o partidarias del estricto mantenimiento de la neutralidad decretada por Yrigoyen. En algunos casos, las iniciativas no cuajaron en organizaciones estables pero dieron lugar a la realización de mítines públicos masivos. A título de ejemplo del frondoso asociacionismo desplegado en esta etapa, pueden mencionarse entre los partidarios de la causa aliada al Comité pro Ruptura de Relaciones con Alemania, al Comité Patriótico Popular, a la Liga Aliada Argentina, a la Sociedad Les Amis de la France, al Comité Pro Aliados, a la Asociación Deportiva Nacional, al Comité del Comercio pro Ruptura de Relaciones con Alemania, al Centro Obrero Pro Aliados, al Comité de Vendedores de Diarios Pro Ruptura de Relaciones con Alemania y al Comité de Estudiantes Pro Aliados. Entretanto, la causa neutralista encontró voceros en la Asociación de Exploradores Argentinos, la Unión Patriótica Argentina, la Asociación Argentina Pro Neutralidad, el Comité de la Juventud Argentina, la Asociación Atlética Buchardo, la Unión Argentina Pro Neutralidad, el Comité por la Libertad de Comercio, la Asociación Villa Devoto Pro Neutralidad, el Comité Neutralista de Villa Crespo, la Asociación Deportiva Pro Neutralidad, la Biblioteca Cultura Argentina, la Sociedad Recreativa Amigos Unidos, la Biblioteca L. George, la Biblioteca Alberto de Diego, el Comité Pro Argentinidad, el Club Social de Buenos Aires, el Comité Neutralista Argentino, el Club General San Martín, el Comité Patriótico Pro

¹⁴ “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 13 de octubre de 1917; SIEPE, *op. cit.*, pp. 64–65.

¹⁵ “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 19 de abril de 1917; *Ibidem*, 24 de septiembre de 1917; *Ibidem*, 9 de octubre de 1917; *Ibidem*, 21 de octubre de 1917.

Neutralidad de Empleados de Correos y Telégrafos, la Agrupación del Puerto, Obreros Ferroviarios, la Federación Universitaria, el Comité Universitario Pro Neutralidad y el Comité de Estudiantes Secundarios pro Neutralidad¹⁶.

La oleada asociacionista no se circunscribió, sin embargo, a Buenos Aires. Además del hecho de que muchas de estas entidades tuvieron inserción en el interior del país, en diversos puntos de la Argentina hubo organizaciones espontáneas que operaron en los espacios locales en favor de una u otra causa. A título ilustrativo, en Pehuajó se organizó un Comité Patriótico Aliado; en La Plata, el Comité Argentino, con la misma orientación; en Santa Fe, el Comité Pro Democracia Universal; en Luján, un Comité Pro Neutralidad; en Rosario, el Comité Pro Neutralidad Argentina y el Comité pro Ruptura de Relaciones con Alemania; en Corrientes, un Comité Pro Neutralidad; en San Juan, la neutralista Liga Nacionalista. Hubo importantes actos públicos rupturistas en localidades tan variadas como Azul, Rosario, Paraná, San Juan, Mendoza, Córdoba, Casilda, Mercedes, por citar sólo algunos casos, en tanto que se desarrollaron mítines neutralistas y se enviaron al gobierno nacional numerosas adhesiones en y desde Córdoba, San Juan, Ayacucho, Santa Rosa, Chilecito, Pergamino, Rosario, Paraná, Bahía Blanca, Salta y Santiago del Estero.

La prensa de alcance nacional también reflejó esa polarización y se alineó explícitamente con los grupos en pugna: *El Diario*, *La Nación*, *Crítica*, *Caras y Caretas*, *La Mañana*, *La Vanguardia*, *Plus Ultra*, *Nosotros*, *La Argentina* y *Última Hora* fueron defensores de la causa de la ruptura con los Imperios centrales, en tanto *La Época*, *La Unión* y la *Revista de Derecho, Historia y Letras* eran partidarios de la neutralidad. *La Prensa* y *La Razón*, por su parte, eran moderadamente favorables a los Aliados, aunque también oficiaban de tribuna de opiniones independientes y de reconocidos neutralistas, como Estanislao Zeballos, colaborador asiduo del diario de los Paz¹⁷.

De la enumeración precedente se desprende una inserción bastante pareja de los neutralistas y de los rupturistas en el ámbito estudiantil y en el comercial, siendo en cambio abrumador el respaldo de la prensa a la causa aliada. Por otra parte, el caso de los trabajadores ferroviarios, de los portuarios y de los empleados de Correos y Telégrafos que apoyaban el neutralismo evidenciaba un vínculo estrecho con el partido gobernante: los dos primeros

¹⁶ Hemos reconstruido la nómina de entidades neutralistas y rupturistas, de las que se ha enumerado más arriba sólo una muestra ilustrativa del conjunto, y las características de sus movilizaciones principalmente a partir del relevamiento de las ediciones del diario *La Prensa* correspondientes al período 1914–1918.

¹⁷ SIEPE, *op. cit.*, pp. 63–64; WEINMANN, *op. cit.*, p. 65.

respondían a la FORA IX, que cultivó buenas relaciones con el radicalismo, en tanto que los últimos revistaban en una repartición característica por su uso clientelar por parte del oficialismo¹⁸. Asimismo, en el caso de Buenos Aires, los neutralistas parecen haber sido más exitosos en la tarea de organizar para su causa a la sociedad porteña en un nivel capilar, esto es, en el corazón de los barrios. Buena parte de la movilización de esa tendencia se efectivizó a través de instituciones barriales, como las bibliotecas populares, los clubes, los centros recreativos y otras muestras del asociacionismo característico del período¹⁹, que aunque no tenían objetivos políticos *a priori* podían politizarse coyunturalmente, como de hecho lo hicieron en las circunstancias en las que la guerra adquirió una mayor inmediatez para la sociedad argentina. Dichas instituciones venían funcionando como ámbitos de socialización política y en muchos casos como primera experiencia de participación ciudadana²⁰, y en el contexto de 1917 adquirirían un alcance más vasto. En ocasiones, esa movilización social se imbricó con la esfera formal de la ciudadanía, apoyándose en las redes sociales y de lealtad política que los punteros radicales estaban empezando a forjar localmente en torno a los comités.

Las manifestaciones de rupturistas y neutralistas convertían las plazas y las calles de las principales ciudades del país en terreno de disputa cotidiana por el ascendiente sobre la opinión pública, a pesar de que a menudo los mítines se celebraban en espacios cerrados, como el histórico Frontón o los teatros Nuevo, Odeón, Politeama, Victoria y Coliseo, de Buenos Aires; el Teatro Colón de Rosario; el Teatro Argentino y el Olimpo, de La Plata; o el Teatro Odeón de Córdoba. En el caso porteño, los mítines callejeros tendían a confluir en la Plaza del Congreso, en la Plaza de Mayo o en la Plaza San Martín, siendo habitual la combinación de dos de estos destinos. Asimismo, este circuito cívico se articulaba con otros que tenían como eje a los barrios, donde se iniciaban las marchas, que con frecuencia contemplaban una parada previa en la que algunos oradores solían dirigir a los manifestantes

¹⁸ RICARDO FALCÓN – ALEJANDRA MONSERRAT, “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos”, RICARDO FALCÓN (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916–1930)*, Nueva Historia Argentina, t. VI, Buenos Aires, Sudamericana, 2000; ANA V. PERSELLO, “Los gobiernos radicales. Debate institucional y práctica política”, FALCÓN (dir.), *op. cit.*

¹⁹ HILDA SABATO, “1860–1920. Estado y sociedad civil”, ROBERTO DI STEFANO – HILDA SABATO – LUIS ALBERTO ROMERO – JOSÉ LUIS MORENO, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina*, Buenos Aires, Gadis, 2002.

²⁰ LEANDRO H. GUTIÉRREZ – LUIS ALBERTO ROMERO, “La construcción de la ciudadanía, 1912–1955”, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

discursos alusivos. En Mendoza, los espacios privilegiados de los actos de ambos grupos eran la Plaza Independencia y la Plaza San Martín; en Santa Fe, la Plaza España y la 25 de Mayo; en Paraná, la Plaza 1° de Mayo; en San Juan, la Plaza 25 de Mayo, por citar sólo algunos ejemplos destacados. En los escenarios principales de esas manifestaciones, las figuras prestigiosas locales se alternaban con un elenco estable de oradores que recorrían los principales escenarios nacionales arengando a las multitudes en favor de su causa: los rupturistas contaban con la presencia y la palabra de Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Alberto Gerchunoff, Juan José de Soiza Reilly y Alfredo L. Palacios, en tanto que la causa de los neutralistas disponía de Belisario Roldán y de Dardo Corvalán Mendilaharsu como principales voceros.

A menudo la defensa de la causa sostenida por cada bando asumía la forma de homenajes públicos a los países europeos que encarnaban el ideal respectivo; así, los neutralistas realizaron manifestaciones en honor de España, en tanto los rupturistas celebraron mítines en homenaje a Francia, a Bélgica y a Italia. Dichos actos adquirieron un carácter masivo, incrementado por la movilización y la participación de los miembros de las respectivas comunidades étnicas.

Los actos públicos de los rupturistas se caracterizaban por su cosmopolitismo, presente en la profusión de colores proporcionada por la multitud de banderas argentinas y de los países aliados enarboladas, y en los sones del Himno Nacional Argentino, de la Marcha Real italiana, de la Marsellesa y de la Marcha Garibaldina entonados por sus bandas de música. Los mítines neutralistas adoptaban en cambio un perfil netamente local: en los actos se permitía únicamente la portación de banderas argentinas y de banderas blancas, la entonación del Himno Nacional argentino y de otras marchas patrióticas. Compensaban su austeridad con carteles alusivos a sus convicciones: “Mejor vivir en la patria que morir por el extranjero”; “La guerra es un crimen, y sin causa es una locura”; “No somos germanófilos ni aliadófilos, somos argentinos”; “Nosotros queremos velar por la grandeza de nuestro país”; “Queremos la paz, el orden, el trabajo y la grandeza”; “Nuestro peligro no está en Europa”; “Queremos neutralidad. Abajo la guerra”²¹.

Aunque en la mayor parte de los casos las variadas agrupaciones de vecinos, estudiantes, trabajadores o empresarios protagonistas de esta oleada de movilizaciones continuaron manteniendo un funcionamiento autónomo, por lo general tendieron a refugiarse bajo el paraguas de dos entidades más amplias que buscaron coordinar y orientar, respectivamente, las actividades de los neutralistas y de los rupturistas: la Liga Patriótica Argentina pro

²¹ “En favor de la neutralidad”, *La Prensa*, 25 de abril de 1917.

Neutralidad y el Comité Nacional de la Juventud.

El Comité Ejecutivo de la Liga estaba formado, entre otros, por José M. Penna, Ernesto Quesada, Gregorio Aráoz Alfaro, el senador nacional Carlos Zabala, Alfredo Colmo, Juan P. Ramos, Calixto Oyuela, Manuel Mora y Araujo, Melitón Camaño, Carlos Meyer Pellegrini, Ernesto Vergara Biedma, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Belisario Roldán, el diputado nacional José Néstor Lencinas, José Monner Sans, Juan Carlos Tornquist, Julio A. Quesada, Coriolano Alberini, José M. Arias Uriburu y Carlos Indalecio Gómez²². Cabe señalar que la Liga debió competir por la influencia sobre la constelación neutralista con la agrupación Pro Argentinidad, más cercana al oficialismo, que cuestionaba el alcance asignado por la Liga a la política neutralista²³.

El Comité Nacional de la Juventud, por su parte, creado a fines de septiembre del mismo año, reunió entre sus miembros más destacados a Ricardo Güiraldes, Carlos Alberto Leumann, Pedro Miguel Obligado, Ramón Columba, Alfonso de Laferrère, Alfredo González Garaño, Luis Dellepiane (h.), Alberto Gerchunoff, Gregorio López Naguil, Álvaro Melián Lafinur, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y Alfredo L. Palacios²⁴.

Ambas entidades procuraron ampliar su llegada a la sociedad a través de la organización de una red de subcomités en todas las circunscripciones de la ciudad de Buenos Aires y en las principales localidades del interior, así como en las diversas facultades de las universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba, compitiendo palmo a palmo por la influencia sobre la opinión pública, tarea para la que contaron con el inapreciable recurso que les brindó la prensa periódica, que convocaba y reseñaba sus actos, y contribuía a la instalación de la cuestión bélica en la agenda social.

LA CAUSA ALIADÓFILA

Aunque en el campo rupturista convivieron nacionalistas tan distintos como Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, cuyos derroteros difícilmente volverían a encontrarse en el futuro, existía un marcado consenso en torno a los argumentos legitimadores de su posicionamiento ante la contienda mundial. A lo sumo se pueden distinguir entre sus principales voceros diferencias de matices en el tono y en el contenido de sus discursos.

Entre los tópicos característicos del discurso aliadófilo se contaban la interpretación de la guerra como un enfrentamiento cultural y moral y

²² “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 13 de octubre de 1917.

²³ “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 21 de octubre de 1917.

²⁴ “La juventud y el presidente de la nación”, *La Mañana*, 2 de octubre de 1917.

no como una simple colisión de intereses materiales; la identificación de las potencias aliadas con la civilización y la libertad (posible por la lectura en clave democrática de la revolución rusa) y de Alemania con la barbarie y el despotismo, y la vinculación ancestral del país con los Aliados por la confluencia de afinidades diversas. Así lo expresaba, por ejemplo, el poeta Ricardo Rojas, uno de los líderes indiscutidos del campo rupturista y orador por excelencia de sus manifestaciones masivas:

en nuestro ideal sobre la guerra, coinciden contra Alemania el pasado, el presente y el porvenir de nuestra patria: el pasado con las fuentes de nuestra raza y nuestra cultura de orígenes latinos; el presente con sus intereses políticos y económicos vinculados a todos los pueblos de la alianza; el porvenir con sus ideales de justicia, o sea la causa de las nacionalidades, de las democracias, de las libertades civiles²⁵.

O, en otros términos,

Nuestra gratitud es para Francia, que nos da el pan del espíritu; para Italia, cuyos hijos elaboran nuestra grandeza presente y futura; para Inglaterra, que con Canning afirmó la independencia argentina, y luego nos ofreció su confianza ilimitada en capitales que multiplican la riqueza pública y con el ejemplo de su libertad²⁶.

Por ende, la causa argentina era

la misma que acaban de inscribir en sus banderas de guerra la Francia de los derechos del hombre, la Inglaterra de la Carta Magna, la Rusia de la revolución antizarista, la Italia del papado vencido, el Portugal de los Braganzas derrocados, la Unión Americana de la constitución federal²⁷.

Otro punto característico de la argumentación de este sector de la opinión pública era el anclaje del combate aliadófilo en la tradición independentista y liberal nacional:

²⁵ RICARDO ROJAS, "La hora del destino", *La guerra de las naciones*, Buenos Aires, 1924, La Facultad, pp. 25–26.

²⁶ "Alemania y «La Mañana»", *La Mañana*, 31 de marzo de 1917.

²⁷ ROJAS, *op. cit.*, p. 26.

antes de conocer los límites y el carácter de nuestra propia nación el Ejército argentino se desparamó sobre la América envuelta en misterio, para libertar naciones. Y si esto nos da una fisonomía en la existencia continental, nos autoriza también a creernos dignos de figurar al lado de los pueblos ilustres que han cerrado en Verdún el paso de las falanges bárbaras²⁸.

Los aliadófilos inscribían su causa dentro de la lucha contra el imperialismo, aun cuando éste no era identificado con los Estados Unidos—como era corriente hasta entonces dentro del horizonte ideológico liberal—, reivindicados por el campo aliadófilo en su conjunto a partir de su decisión de romper relaciones diplomáticas con Alemania y elevado a la altura de ejemplo a emular por el resto del continente²⁹. Por el contrario, la condena recaía sobre “la ambición de hegemonía pretoriana mundial del imperialismo alemán, asociado a otros dos imperios carcomidos, de historia negra por su absolutismo y por el ensañamiento de sus persecuciones tradicionales”³⁰.

Por otra parte, un tema recurrente consistía en remarcar el cambio que la coyuntura de 1917 traía aparejado para la ciudadanía argentina. Si hasta entonces era posible el sostenimiento de la neutralidad ante una guerra que para muchos parecía distante, a partir de entonces resultaba una postura inadmisibles:

no se trata ya de optar entre los aliados de Francia y los aliados de Alemania. La guerra submarina nos transformó de espectadores en actores de la tragedia. Lo que antes fue emoción deportiva o polémica filosófica, se convirtió bruscamente—por voluntad de Alemania— en conflicto moral y episodio de nuestra propia historia.³¹

En esa hora de la historia, en la que debía conformarse en la Argentina la “unión sagrada” verificada en las naciones beligerantes, la persistencia en la neutralidad enmascararía en realidad una profesión de fe germanófila, imposible de ser reconocida abiertamente en la coyuntura abierta por la guerra submarina:

²⁸ ALBERTO GERCHUNOFF, “La actitud argentina”, *La Mañana*, 23 de abril de 1917.

²⁹ FRANCISCO A. BARROETAVEÑA, “Discurso del Dr. F. A. Barroetaveña”, AA.VV., *op. cit.* De hecho, en varias oportunidades los partidarios de los Aliados enviaron al presidente norteamericano Woodrow Wilson telegramas de adhesión a su política (*Ibidem*, p. 3; “Telegrama a Wilson”, *La Mañana*, 10 de octubre de 1918).

³⁰ BARROETAVEÑA, *op. cit.*, p. 10.

³¹ RICARDO ROJAS, “La voz del atalaya”, *La guerra de las naciones*, *op. cit.*, p. 38.

Ya no quedan en la Argentina más germanófilos que los súbditos del káiser, como es natural; pues los argentinos que lo eran, han resuelto hacerse neutrales... ¡Denuncio, señores, que la neutralidad es hoy la forma encubierta del germanismo! Siendo imposible ya la defensa honorable del militarismo teutón, se osa proponer la abstención resignada³².

La identidad establecida entre neutralismo y germanofilia reapareció con más vehemencia en las demoledoras apreciaciones del escritor y periodista Alberto Gerchunoff. Fiel a su militancia antiyriyoyenista³³, éste exhibía en su discurso un tono virulento y exaltado que explícitamente incluía al presidente Yriyoyen en el campo germanófilo y que incluso clamaba por su renuncia:

El conflicto internacional ha perfilado al presidente bajo un aspecto demasiado neto. El señor Irigoyen es germanófilo. Hace en la Argentina la política de los alemanes y les sirve constantemente con una docilidad de hombre sumiso. [...] El señor Irigoyen se opone, en rara coincidencia con los militantes del germanismo, a la voluntad popular, persistiendo en una neutralidad equívoca. [...] Si el señor Irigoyen cree que la conducta argentina debe ser favorable a los bárbaros que han desolado la Bélgica y han creado la doctrina de hundir nuestros barcos sin dejar rastros, si el señor Irigoyen piensa que las cámaras y el país no tienen razón, debe abandonar la presidencia³⁴.

Anticipando una identificación establecida corrientemente por el frente antifascista durante la Segunda Guerra Mundial entre el gobierno argentino y los despotismos europeos –pero bastante inusual en el transcurso de la Primera–, el autor de *Los gauchos judíos* hallaba en el supuestamente compartido estilo político de Yriyoyen y del káiser la explicación de la esencia de su política exterior: “ve en lo alemán el triunfo del despotismo y de la fuerza que es, en el fondo, el concepto larvado de su política personal, o sea la inmoralidad del sistema despótico”³⁵.

³² ROJAS, “La hora del destino”, *op. cit.*, p. 21.

³³ MARÍA INÉS TATO, “*Los ángeles redentores*: el radicalismo bajo la lente crítica de Alberto Gerchunoff”, *Hispanamérica. Revista de Literatura* N° 103, 2006, pp. 33–50.

³⁴ ALBERTO GERCHUNOFF, “La moral del Sr. Irigoyen”, *El nuevo régimen*, Buenos Aires, Otero y García, 1918, pp. 53–54.

³⁵ *Ibidem*, p. 55. El diario *La Mañana*, en el que por entonces se desempeñaba Gerchunoff, reiteró este paralelismo: “El viejo mundo nos amenaza con el despotismo teutónico. (...) también nos amenaza aquí, en la heredad solariega, otro despotismo de consecuencias más graves y de efectos más inmediatos: el despotismo de las multitudes constituidas en comités políticos de salud pública, decididas a ahogar en sangre la libertad. (...) El primero lo ejerce

A medida que la guerra avanzaba y que el gobierno argentino mantenía sin modificaciones su política exterior, los partidarios de los Aliados comenzaron a enfatizar el distanciamiento oficial de la voluntad popular de la que había surgido y a la que debería fidelidad, puesto que “en la política exterior, los gobiernos han menester, más que nunca, obedecer el voto explícito de la voluntad nacional” expresada en las calles, en el Congreso y en la prensa³⁶. Al mantener la neutralidad, el gobierno desoía a la mayoría de la opinión pública y era funcional a los objetivos del “núcleo demasiado pequeño” de los partidarios de Alemania, integrado por “algunos densos profesores, culturizados en Berlín, y algunos militares que admiran en el desbordamiento teutónico la exaltación de su oficio”³⁷ y por

médicos, contagiados por la moda de la ciencia alemana [...] en virtud de su admiración profesional por la droguería teutónica y por la abundancia de los artículos ortopédicos de aquella fabricación [...] un clericalismo estricto, en franco maridage con los socialistas internacionales [...] prusianos por temperamento, por convicción filosófica y política³⁸.

Pero además de ignorar la voluntad popular, el gobierno estaría conduciendo al país al aislamiento internacional, erosionando las posibilidades de concreción de su arrogado destino manifiesto sobre América Latina³⁹, amén de las eventuales represalias que el neutralismo podría acarrearle una vez concluido el conflicto⁴⁰.

el káiser; el segundo, el presidente argentino. Por una fatalidad de la suerte, la república se encuentra, así, abocada a una doble contingencia igualmente grave e intolerable: la dictadura exterior y violenta de Guillermo de Alemania que pretende arrollar la democracia del mundo, y la dictadura interna y mansa de Hipólito Irigoyen en trance de avasallar la democracia argentina” (“Patria y política”, *La Mañana*, 26 de abril de 1917).

³⁶ ROJAS, “La hora del destino”, *op. cit.*, p. 25; RICARDO ROJAS, “Manifiesto del armisticio”, *La guerra de las naciones*, *op. cit.*, pp. 249–253.

³⁷ GERCHUNOFF, “La actitud argentina”, *op. cit.*

³⁸ ALBERTO GERCHUNOFF, “La diplomacia del Sr. Irigoyen”, *El nuevo régimen*, *op. cit.*, pp. 76–77.

³⁹ Acerca de esta extendida convicción, véase ROBERTO ETCHEPAREBORDA, “La Generación Argentina del Destino Manifiesto”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 16, enero – junio de 1974.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 90–91; ALFREDO PUCCIARELLI – MARÍA CRISTINA TORTI, “La construcción de la hegemonía compartida: el enfrentamiento entre neutralistas, rupturistas e irigoyenistas”, WALDO ANSALDI – ALFREDO PUCCIARELLI – JOSÉ C. VILLARRUEL (eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912–1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 88–89.

La identificación con los valores culturales de las naciones aliadas se registraba además a un nivel más dramático: el de los soldados voluntarios argentinos enrolados en los ejércitos aliados. Dada la acendrada francofilia de buena parte de la elite, no es de extrañar que el ejército francés concitara los mayores fervores a la hora del reclutamiento, aun cuando el número de enrolados es impreciso. Hacia 1916, los voluntarios argentinos incorporados a las filas del ejército de Francia a través de la Legión Extranjera rondaban los 410. Según el periodista y escritor Juan José de Soiza Reilly, “Comparando el contingente de las demás naciones de la América del Sur, en relación al número de sus habitantes, resulta que la Argentina y el Uruguay son las repúblicas que han dado mayor cantidad de soñadores a Francia”⁴¹. Algunos de ellos tenían ancestros de la nacionalidad del ejército en el que se alistaron, pero ese no era siempre el caso, como lo evidencia el riojano Vicente Almandos Almonacid, quien descolló como aviador, fue profusamente condecorado (con la Cruz de Guerra, la Medalla Militar, la Legión de Honor) y se convirtió en una leyenda viviente. Este célebre voluntario expresó así las causas de su enrolamiento en la aviación francesa:

Me he enrolado aquí porque admiro mucho a Francia, en todo y por todo [...] Lo hago porque considero que si Alemania triunfa en esta guerra, la América del Sur corre el peligro de germanizarse, militarizarse e imperializarse. Según mi modesto criterio, todas las naciones neutrales pensarán cuando pase la guerra, como piense el que triunfe. Y yo no quiero que la Argentina piense como Alemania⁴².

⁴¹ JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY, “Almonacid”, *Hombres luminosos*, Buenos Aires, Vicente Madera, s/d., pp. 131–132.

⁴² *Ibidem*, p. 136.

LA CAUSA NEUTRALISTA

A diferencia de los partidarios de la causa de los Aliados, el campo neutralista presentaba una notable complejidad interna. Bajo el rótulo de “germanófilos” que les endilgaban sus opositores y que era rechazado como una verdadera invectiva por los sindicatos como tales, convivían auténticos devotos de Alemania, identificados con sus valores e intereses, con aquellos cuya adhesión a la neutralidad radicaba en su convicción de que para la Argentina significaba una posición independiente en el concierto internacional, favorecía el desarrollo de los intereses comerciales del país, correspondía al sostenimiento del internacionalismo clasista o bien se ajustaba al ecumenismo y al pacifismo cristianos.

Un exponente de algunas de las temáticas características del discurso neutralista fue Ernesto Quesada, aun cuando su formación intelectual europea, moldeada a la par de la carrera diplomática de su padre, evidenció una profunda impronta de la cultura alemana⁴³. En ese sentido, sus intervenciones acerca de la guerra destilaron su intensa admiración por el Estado y por la sociedad alemanes, expresada especialmente en su trabajo *La actual civilización germánica y la presente guerra*, donde repasaba con su habitualmente abrumadora erudición los logros alemanes en diversas ramas del quehacer cultural y económico: la educación, las ciencias, las artes, la agricultura, la industria, las finanzas, las comunicaciones, la seguridad social. De todos modos, además de su indudable germanofilia están presentes en su discurso los elementos comunes al consenso general neutralista. Entre ellos, la matización de las antinomias levantadas por los detractores del Imperio alemán: “se llegaba hasta pretender sintetizar el conflicto en una antítesis entre civilización y barbarie, liberalismo y despotismo, progreso y atraso”⁴⁴. Si el progreso cultural y económico alemán quedaba ampliamente comprobado por los abundantes datos cuantitativos proporcionados en su análisis, la falsa dicotomía también se desvanecía en el plano político. Para ello los neutralistas enfatizaban la composición del bando aliado, que por entonces contaba con el concurso de la Rusia zarista; este argumento perdería peso al estallar la revolución de febrero de 1917, pero hasta ese momento fue operativo para morigerar los planteos maniqueos de los aliadófilos:

⁴³ OSCAR TERÁN, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880–1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000; THOMAS DUVE, “El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada”, *Revista de Historia del Derecho* N° 30, 2002, pp. 175–199.

⁴⁴ ERNESTO QUESADA, *La actual civilización germánica y la presente guerra*, Buenos Aires, s/d., 1914, p. 5.

Alemania tiene instituciones tan democráticas cual las inglesas y norteamericanas. [...] Pretender que de una parte está la libertad y de la otra la autocracia, es olvidar que la coalición comprende al imperio moscovita, encarnación misma de la autocracia, mientras que las naciones germánicas son monarquías constitucionales, como lo es la Inglaterra [...] es realmente abusar de los términos, como lo es sostener que ‘la causa de Francia es la causa de la humanidad’, como si Alemania, culta y científica, intelectual y material, no fuera tan alto exponente de la humanidad como aquélla⁴⁵.

Del florecimiento reseñado, Quesada desprendía otra premisa, fundamental para su ejercicio de la defensa de Alemania: la paz era la condición indispensable para la continuidad y la profundización del crecimiento económico y del desarrollo cultural. Por ende, concluía, la guerra le había sido impuesta al Imperio germánico por las potencias aliadas, que lo condujeron a un conflicto no deseado⁴⁶.

A diferencia de la argumentación de los partidarios de los Aliados, que veían en la Gran Guerra el enfrentamiento de principios ideológicos antagónicos, los neutralistas la reducían a motivaciones puramente económicas y geopolíticas:

Inglaterra veía lógicamente con mal ojo el constante avance alemán en el comercio internacional y cómo las industrias y los negociantes germánicos iban conquistando poco a poco los mercados mundiales, y desalojándola de una prepotencia secular [...] Francia siempre soñaba con el desquite por la guerra de 1870–71 [...] Rusia jamás abandonó su sueño de adueñarse de Constantinopla y ejercer el protectorado sobre las naciones eslavas balcánicas: Alemania con su apoyo a Turquía, le cerraba constantemente el paso⁴⁷.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 42–43.

⁴⁶ “La guerra no le convenía en manera alguna y todos los esfuerzos de la diplomacia teutónica tendieron constantemente a evitarla [...] Alemania se ha visto arrastrada a la guerra por la actitud de la coalición, pues Rusia movilizó sus ejércitos cuando aún estaban pendientes las negociaciones sobre la cuestión austro-serbia, y Francia suspendió conjuntamente las maniobras del suyo como acto preparatorio de su movilización: de modo que la primera se vio obligada a declarar que se consideraba en estado de guerra, para impedir ser ahogada por ambas movilizaciones” (*Ibidem*, pp. 7–8, 41).

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 6–7.

El avance comercial de Alemania en el mercado mundial, su flexibilidad para adaptarse a las demandas locales y el consiguiente riesgo para el Reino Unido de perder su hegemonía en la materia, disentían con las versiones que le atribuían a Alemania pretensiones de expansión territorial en Sudamérica, especialmente en Brasil, Argentina y Chile, a partir de sus colonias de residentes. Frente a esos rumores, propalados por la propaganda aliada, se remarcaba el interés puramente comercial de Alemania en el continente, que contrastaba con las ambiciones políticas de Estados Unidos:

De los tres grandes rivales que se disputan los mercados latino americanos sólo, pues, los Estados Unidos adelantan propósitos políticos, no en el sentido de conquista territorial, sino en el de una especie de tutela innominada o de alto protectorado diplomático: ni Inglaterra ni Alemania quieren desempeñar un papel de ese género⁴⁸.

Se ponía aquí de manifiesto un fuerte sentimiento antinorteamericano, común en las elites latinoamericanas particularmente tras la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898, que culminó en la independencia de Cuba y que dio nuevos bríos al hispanismo en tanto mecanismo de neutralización del imperialismo estadounidense⁴⁹. En efecto, fue corriente que las organizaciones neutralistas argentinas organizaran manifestaciones públicas en homenaje a España, reivindicada en este contexto por su adopción de una posición neutral frente a la guerra y, por consiguiente, como paradigma a emular. La veta hispanista se reflejaba, por ejemplo, en la declaración del poeta y periodista Belisario Roldán –que con su proverbial maestría en la oratoria difundía en un estilo accesible los temas neutralistas en los mítines en los que oficiaba de habitual orador–, para quien involucrar al país en la guerra era “una aventura quijotesca que la propia patria del Quijote ha sabido eludir hasta la fecha”⁵⁰.

Indudablemente, este arraigado antinorteamericanismo iba a hallar un eco más amplio en la coyuntura de 1917, cuando las pretensiones de liderazgo de Estados Unidos sobre la política exterior latinoamericana chocaran con la aspiración del gobierno radical a mantener la autonomía decisoria. Yrigoyen de hecho no se limitó a sostener la neutralidad argentina sino que pretendió

⁴⁸ ERNESTO QUESADA, *El “peligro alemán” en Sud América*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Selin Suárez, 1915, p. 32.

⁴⁹ TERÁN, *op. cit.*, p. 207.

⁵⁰ BELISARIO ROLDÁN, “Por la neutralidad argentina”, *Discursos*, Buenos Aires, Estrada, 1951, p. 360.

—aunque infructuosamente— organizar los países latinoamericanos tras una estrategia común frente a la guerra a través de una fallida Conferencia de Neutrales que significara una alternativa al panamericanismo postulado desde Washington⁵¹. En consecuencia, en marzo de 1917 el presidente argentino convocó a una conferencia de naciones latinoamericanas, apoyada por México, a realizarse en Buenos Aires a principios de 1918, pero el ritmo de la guerra la frustró a medida que, bajo la presión norteamericana, Latinoamérica fue abandonando la neutralidad. Así, el nombre de la conferencia fue mutando para adaptarse a esa realidad: de “Congreso de Neutrales” pasó a ser denominado “Congreso de Paz”, “Congreso Comercial” y “Congreso de las Naciones de América”⁵².

La defensa de la neutralidad no sólo implicaba el repudio de las veleidades norteamericanas de ejercer su influencia política sobre el continente, sino también el rechazo de la ingerencia en los asuntos latinoamericanos de otras potencias aliadas hacia las que se volcaba el grueso de la opinión pública argentina:

Alemania jamás ha pretendido desempeñar papel político en América: en cambio, Inglaterra se ha posesionado, durante el siglo XIX, de diversos territorios americanos, como, p. e., en lo que hoy es Honduras británica, en las islas Malvinas, etc., trató vanamente de conquistar a la misma Argentina en 1806 y 1807, y ha ejercido presión diplomática y militar en diversos estados latino-americanos; Francia, con la tentativa del imperio de Maximiliano, intentó la conquista de México, entre ambas —Francia e Inglaterra— trajeron varias intervenciones armadas al Río de la Plata, en la época de Rosas; los Estados Unidos, en sus sucesivos avances sobre México, le han arrebatado California, Texas, y han recibido a Puerto Rico como despojo de una guerra, ejerciendo el protectorado sobre Cuba y Panamá⁵³.

Estos argumentos apuntaban a quebrar las solidaridades con los países aliados enfatizando el choque de intereses entre estos y las naciones de América Latina.

Pero el reclamo de neutralidad también se fundaba en la conveniencia de salvaguardar los vínculos comerciales con todos los países beligerantes⁵⁴. Éste sería precisamente el *leit-motiv* del Comité por la Libertad del Comercio,

⁵¹ HAROLD PETERSON, *La Argentina y los Estados Unidos*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.

⁵² WEINMANN, *op. cit.*, pp. 109, 117; LANÚS, *op. cit.*, pp. 87–89.

⁵³ QUESADA, *El “peligro alemán”*, *op. cit.*, p. 53.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 71–72.

constituido como comisión auxiliar de la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad, que afirmó en su manifiesto fundacional que “la República Argentina no debe embarcarse en una aventura internacional o por mejor decir entrar por simple simpatía a favor de uno de los dos grandes grupos de beligerantes de la tragedia europea” y que “el país necesita trabajar, debe abastecer al mundo, si es posible, con la tranquilidad de la paz y la libertad de comercio”⁵⁵.

A las demandas de los aliadófilos en torno al honor nacional ultrajado por la agresión alemana, respondían los neutralistas con la afirmación de su satisfacción por medio de las reclamaciones diplomáticas interpuestas por el gobierno argentino, positivamente reconocidas y/o satisfechas por el Imperio alemán⁵⁶.

Otro argumento utilizado para reforzar la posición de los neutralistas consistió en la minimización del peso internacional de la Argentina, que a su juicio hacía irrelevantes las pretensiones de los rupturistas:

La República Argentina necesita, desde luego, evitar el ridículo. Un país de la América española que se declarase en estos momentos en estado de guerra con los imperios centrales o con los aliados, se habría caído de bruces en el campo de la opereta. La neutralidad, con ser un sinónimo de abstención, nos queda grande. Ni aún eso podemos ser: somos menos que neutrales, mal que nos pese. No somos, no podemos ser sino espectadores pasivos de la gran tragedia. [...] ¿Qué valor tendría, entonces, el inofensivo gestito bélico que nos aconsejan algunos exaltados? Sostener la conveniencia de inmiscuirnos en la guerra, cuando se tiene el convencimiento absoluto de no pesar un adarme en la balanza de la guerra misma, ni desde el punto de vista de la impresión moral –fuerza caduca– ni desde el punto de vista del poder material –fuerza ausente– es adoptar una actitud que pide a gritos un comentario musical de Offenbach⁵⁷.

⁵⁵ “Asuntos internacionales”, *La Prensa*, 30 de septiembre de 1917.

⁵⁶ ROLDÁN, *op. cit.*, p. 363; BELISARIO ROLDÁN, “Ante una manifestación de la juventud neutralista”. En: *Discursos*, *op. cit.*

⁵⁷ ROLDÁN, “Por la neutralidad argentina”, *op. cit.*, pp. 361–362.

A MODO DE BALANCE

La Gran Guerra estimuló en la Argentina una vasta actividad asociativa y una diligente movilización social, así como la renovación –a menudo tácita– de las reflexiones acerca de la identidad nacional, que cristalizaron en el delineamiento de las dos posiciones ya aludidas: la de los rupturistas o aliadófilos, y la de los neutralistas o germanófilos, en la jerga peyorativa de sus contiendas cotidianas. Esas lecturas divergentes del nacionalismo cívico –expresadas sin embargo en prácticas y liturgias políticas similares– se enmarcaban en el proceso de democratización política, que amplificó la apelación a la ciudadanía, exaltó sus derechos y deberes y dio así mayor legitimidad a la dinámica participativa que a partir de 1917 se desarrolló en el nombre de la nación. Cada una de ellas encerraba una mirada diferente de la inserción que le correspondía al país en el concierto internacional, reclamaba para sí la representación exclusiva de la argentinidad y acusaba a su rival de vulnerar los intereses nacionales.

Habiéndose esbozado las principales argumentaciones blandidas por los dos bandos irreconciliables en los que se escindió la opinión pública, corresponde ahora ensayar una respuesta tentativa a nuestro interrogante inicial: ¿qué concepciones diferentes acerca de la argentinidad se desprendían de las posiciones de esos dos bandos antagónicos?, ¿qué significaba ser nacionalista para los rupturistas y para los neutralistas?, ¿qué actitudes exigían de la sociedad las diferentes definiciones del nacionalismo en danza?

Los aliadófilos concebían la nación argentina en términos cosmopolitas, como el producto del “crisol de razas” de la Argentina liberal. Desde su perspectiva, el nacionalismo no era incompatible con el internacionalismo, sino que, por el contrario, se engarzaba y reafirmaba en el contacto con otras nacionalidades en función de valores universales como la libertad, filiada con la emancipación nacional, y como la democracia, conquistada plenamente a partir de 1912 con la sanción de la ley Sáenz Peña. Por lo tanto, sostenían la identificación de la causa de la argentinidad con la causa de las potencias aliadas y, consecuentemente, reclamaban el alineamiento del país con Francia, el Reino Unido, Italia, Rusia y los Estados Unidos, así como la solidaridad con Bélgica, cuyas libertades habían sido conculcadas por el Imperio alemán. Pero además de esos valores ideológicos y políticos y de esos lazos materiales de unión que impulsarían la ruptura de relaciones diplomáticas, intervenía también una reacción nacionalista básica ante el honor nacional mancillado por la guerra submarina desplegada por el Imperio alemán, que había entrelazado de manera definitiva la política internacional y la política

doméstica. El mantenimiento de la neutralidad significaba, desde ese punto de vista, una claudicación de derechos, el aislamiento de la comunidad internacional y la renuncia al destino manifiesto argentino en Latinoamérica.

Para los neutralistas, en cambio, ser nacionalista implicaba una actitud equidistante frente a las potencias beligerantes y el mantenimiento de la autonomía decisoria en materia de política exterior, especialmente en el marco de las fuertes presiones diplomáticas recibidas de Estados Unidos y del Reino Unido. La afirmación de la soberanía nacional hacía imprescindible tomar distancia del panamericanismo propiciado por los Estados Unidos, frente a los cuales los neutralistas enarbolaron la bandera del antiimperialismo y remarcaron sus ambiciones de tutela sobre América Latina. En esa misma tónica, denunciaron los episodios de la historia latinoamericana en los que las potencias europeas habían intentado, con mayor o menor éxito, inmiscuirse en los asuntos internos del continente. Entre ellos enfatizaron las invasiones inglesas y la ocupación británica de las islas Malvinas, que servían para distanciar a la Argentina de su adhesión a la causa del Reino Unido. Asimismo, el rechazo de la política estadounidense conllevó la exaltación de España, en sintonía con el hispanismo, recientemente reavivado por el gobierno argentino con la instauración del Día de la Raza. Por otro lado, según los neutralistas más preocupados por las facetas económicas que el dilema de la guerra planteaba a la Argentina, ser nacionalista requería preservar los intereses comerciales del país y la fluidez de los intercambios con todas las naciones beligerantes.

Más allá de estas ideas generales, resulta impropio intentar reducir la interpretación neutralista a una imagen homogénea y unívoca de la argentinidad, dada la intervención de inspiraciones ideológicas bien diferenciadas, que abarcaban –además de las analizadas más arriba– la perspectiva pacifista de la Iglesia, la internacionalista de una parte del socialismo, la clasista de los anarquistas e incluso la verdadera germanofilia. También sería excesivo e inadecuado derivar del antagonismo que mantuvieron con los rupturistas el germen del nacionalismo antiliberal y autoritario que estaba ganando espacio durante el período de entreguerras, fundado en un criterio exclusivista y esencialista de la nación. En primer lugar, la búsqueda de la autodeterminación nacional y el distanciamiento crítico de las naciones beligerantes no deben ser confundidos con una visión del proceso de construcción nacional cerrada a los aportes culturales externos, aun cuando la afirmación del hispanismo pueda sugerir una imagen predeterminada y preexistente de la nacionalidad. En segundo lugar, tampoco es viable el trazado de una línea continua entre el neutralismo y el nacionalismo autoritario, como lo evidencian algunas trayectorias individuales. Así, la figura que habría de convertirse en el principal numen inspirador de ese movimiento político –el poeta Leopoldo

Lugones— en los tiempos de la Gran Guerra se ubicaba precisamente en el bando opuesto y compartía en un consenso casi sin fisuras los postulados básicos del rupturismo. Y, por el contrario, algunos representantes del Comité Nacional de la Juventud estuvieron involucrados en los acontecimientos de la Semana Trágica de 1919 de la que surgiría la Liga Patriótica Argentina.

El somero examen efectuado en este trabajo acerca de las disputas desatadas en la opinión pública acerca de la encarnación de la “verdadera argentinidad” revela el carácter intrínsecamente polémico de la construcción de las identidades nacionales y la versatilidad del nacionalismo, capaz de cobijar bajo el mismo rótulo definiciones variadas y hasta antagónicas de la nación. Asimismo, pone en evidencia su inmensa capacidad de despertar pasiones intensas y de movilizar las energías de la sociedad, recolectando lealtades en sectores diversos en su composición social y política. Por otra parte, los debates surgidos al calor de la guerra vigorizaron tópicos ideológicos que hallarían una repercusión más amplia a partir de la década de 1930, como el hispanismo y el antiimperialismo. Por último, salvando las consabidas distancias y con el aditamento de nuevos componentes políticos e ideológicos, los alineamientos aquí reseñados prefiguraron los mismos antagonismos entre “aliadófilos” y “germanófilos” que dividirían aún más radicalmente a la sociedad argentina en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, reavivando la omnipresente cuestión del nacionalismo.